



Comisión 4

Índice

1. La paradoja de soñar. Agustina Arias
2. Rosa para todxs. Sofía Cacciatori
3. Una relación tóxica de amor. Antonella Carlos Suárez
4. Hijo de puta. Juan Nazareno Carrizo
5. Más fuertes que yo. Sandra Milena Díaz
6. Y un día, supe quien soy. Franco Faliani
7. Hermana. Gabriela Yamel Fernández
8. Un final como todos. Juan Lihuel López Flammini
9. Un amor entre personas. Brisa Gadea
10. Conectando la paz. Manuel Herrero
11. Ella veía. Agustín Lencina
12. Un poco de vino antes de dormir. Matías Marchi
13. Porque sos mujer. Tatiana Martínez Arias
14. La búsqueda del punto justo. Lucas Ortega
15. La doble moral en el trabajo. Marcos Palavecino
16. Por esta vez, ganó la justicia. Juan Martín Palermo
17. Aventura. María Victoria Pereyra
18. 220 WTZ. Luciano Pirez
19. Pésima decisión. Lucas Ramos
20. Muerte por machismo. Rocío Magalí Rodríguez
21. Lucha de género. Roque Antonio Romero
22. A contramano. María Florencia Saltalamacchia
23. Volvió a pasar. Luciano Treppo
24. Mirar sobre lo profundo. Bruno Zarini Roth

La paradoja de soñar

Agustina Arias

No entendía qué pasaba, si hasta recién estaba en el centro, eran las 15:22 iba caminando a su casa y de pronto, era de noche y el lugar no lo terminaba de reconocer.

Intentó mantener la calma, que no era su fuerte en ningún aspecto de su excesivamente cronometrada vida. Hizo las más terribles conjeturas, revisó tener todo y chequeó el reloj, que marcaba las 15:37 pero no acompañaba la sensación de la calle completamente vacía. Su teléfono estaba apagado.

Hiperventiló, rompió en llanto y estuvo al borde de descompensarse algunas veces antes de decidirse a caminar.

Después de caminar unas cuadras por calles casi conocidas, se encontró en una esquina frente al teatro que varias veces había visitado. Estaba pasmada por lo diferente que estaba todo. Sabía que era la misma época del año, pero no sabía qué año.

Había mucha gente, así que decidió acercarse al grupo más cercano, compuesto de jóvenes de más o menos su edad, aunque fuera de época. Les preguntó si le podían prestar un teléfono y antes de que pudieran decir algo, estallaron en risas y entendió que la que estaba fuera de tiempo era ella.

Cuando se percataron de su desesperación le explicaron, sin terminar de entender, que el teléfono público más cercano estaba a varias cuadras.

Preguntó la hora y la fecha y la respuesta, lejos de calmarla, la alarmó.

Unos minutos después, mientras ella se debatía internamente, pasó un revendedor y se dio cuenta de que todxs estaban empezando a entrar al recital al que más veces había soñado con ir. Se alegró de haber pasado por el cajero después del trabajo, porque los últimos acordes sueltos de la preparación de sonido la hicieron olvidarse de todas sus preocupaciones.

Rosa para todxs

Soffia Cacciatori

Ariel tenía el pelo largo por los hombros y rulos hermosos. Era morocho y simpático, estaba en la sala de cinco, en el jardín Colorín Colorado.

Su color preferido era el rosa y su seño Laura lo había notado porque era el color que siempre elegía para hacer sus dibujos.

Un día después de la clase de gimnasia Ariel se notaba algo triste, no estaba atento ni contento

como siempre que jugaban con masa en el jardín. Entonces la señorita decidió acercarse a ver qué le sucedía.

El pequeño, enojado y triste, le contó que su color favorito ya no sería el rosa y que iba a cortarse el pelo cortito. La maestra muy sorprendida por esto, le preguntó a qué se debía esa decisión, a lo que el niño le respondió que en la clase de educación física se habían burlado de él por tener una remera de color rosa, diciéndole que era un color de nena y que parecía una por como tenía el cabello.

La seño se tomó un rato para pensar una respuesta para Ariel y una forma para hablar con lxs otrxs niñxs de la salita.

Le pareció que no era una conversación que debía tener solo con lxs niñxs sino con toda la salita.

Luego de jugar y ordenar todxs los niñxs se sentaron en ronda para conversar. La señorita Laura, sin mencionar lo que había sucedido con Ariel, les mostró en la computadora fragmentos de *La Pantera Rosa* y *Power Rangers* en el que el personaje azul es una chica y el rosa un chico, también hablaron de *Pink* el elefante y del vestido celeste de Cenicienta.

Laura le preguntó a sus alumnos por los colores de los dibujos y sus vestimentas, si todxs las veían y si estaban de acuerdo con que los nenes usen rosa y las nenas azul. Todxs quedaron calladxs, algunxs muy tímidos respondieron.

Entonces Laura les explicó que no hay colores para nenes, ni colores para nenas sino que todxs podemos usar cualquier color, el que más nos guste y más feliz nos haga.

Una relación tóxica de amor

Antonella Carlos Suárez

En una tarde de invierno Julieta salía de su trabajo un poco más tarde de lo normal, lo que había pasado era que se le juntaron muchos informes. Hacía mucho frío, se abrigaba con su tapado, bufanda, gorra de lana y guantes. Ella tomó el micro y se dirigía a su casa.

Nunca pensó con lo que se iba a encontrar, estaba su novio muy nervioso.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué tardaste tanto? ¿Qué era ese olor que estaba en tu ropa?— comenzaba a interrogarla.

Ella pensaba que por suerte él había olvidado esa etapa de celos, pero otra vez se equivocaba en su pensamiento.

Él no aguantaba lo que sentía en todo su cuerpo; sentía impotencia, decepción, y en aquel momento de descontrol le levantó la mano. Luego se fue de la casa sorprendido por lo que había

hecho. Al mirarse en el espejo, pudo notar cómo su ojo derecho comenzaba a oscurecerse tomando varios colores hasta transformarse en moretón, la sangre le caía de su nariz.

Un nudo en la garganta le iba recorriendo todo su ser, no podía parar de llorar. Era una mujer muy valiente, se quería demasiado para tener una vida tóxica al lado de quien creía que era su gran amor del colegio secundario.

Se valoraba, se sentía usada, decepcionada. Decidió dejarlo y así empezar a ser de nuevo esa mujer tan feliz. Tapaba con maquillaje todas sus cicatrices de un amor enfermo. Que le cambió la vida definitivamente, del todo. Armó un grupo en una red social para luchar por sus derechos, desahogarse, para que nadie se callara nada, buscaba soluciones para problemas.

Con ayuda de muchas personas logró que se aprobara una ley contra la violencia para ambos géneros, que eran el masculino y el femenino.

De a poco las cosas cambiaban. Todo tomaba un rumbo muy exitoso y sentía una gran satisfacción.

El objetivo era que sean escuchados por todo el mundo. Quedaban muy contentos con su meta cumplida.

Hijo de puta

Juan Nazareno Carrizo

—Andá a saber qué hubiera sido de su vida al lado de ese "hijo de puta"—dijo mi abuela. —No entiendo qué le pasó a tu mamá— decía con la cara llorosa esas palabras, que me quedaron grabadas y siempre dando vueltas por mi cabeza.

—Por qué lo decís abuela.

—Tu mamá tenía para casarse con un abogado y hasta tuvo fiesta de compromiso y todo, hoy serías el hijo del abogado y no de ese malnacido, perdoname Juancito pero me enerva la sangre acordarme de tu papá— dijo mientras yo miraba sorprendido sin entender por qué esta mujer portuguesa no se enojaba por nada.. Al acordarse de él se ponía así.

—Querés creer que se separó del abogado y se casó con Juan, con Juan, un panadero tucumano y borracho. —¿Y el abuelo qué decía?— le pregunté con miedo. —El abuelo la quería matar, la mandamos a lo de mi hermana en Córdoba un tiempo para que se olvide y no volvió a los tres meses y se casó, no podíamos oponernos, qué podíamos hacer solo resignarnos y desearle que le vaya bien.

Yo estaba muerto de intriga y quería saber más. Sabía que mis abuelos se fueron a vivir a Longchamps y les dejaron la casa de Berazategui. Los primeros meses no había pasado nada

pero todo cambió con la llegada de mi hermano Raúl. Luego de su nacimiento apareció el verdadero Juan, un violento que nos llevó a Tucumán y por un año no supieron nada de nosotros.

—No te vimos nacer Juancito— lloraba mi abuela. —No sabés cómo los encontró tu abuelo cuando los fue a buscar; ella estaba flaca y maltratada, vos dormías en una caja de manzanas y Raúl parecía un nene de África, tu papá se pasaba todo el día en el bar, así como estaban se los trajo sin dudas y gracias a dios hoy pueden contar la historia.

Más fuertes que yo

Sandra Milena Díaz

No sé cuándo comenzó todo esto. Sería bueno saberlo para poder encontrar una posible solución, o por lo menos para poder manejarlo, pero se ha vuelto incontrolable. Pienso que viene de atrás, una marca de la infancia, una experiencia dolorosa o triste, que ahora -y desde hace algún tiempo- se manifiesta. Mientras tenga los pies firmes en la tierra y no levante mucho la mirada, no aparece.

Eso sí, no puedo acercarme ni un milímetro ni siquiera acompañada a alguna imagen, película o serie en la que ellos sean los protagonistas.

Es que no sabría qué hacer, es que están todo el tiempo allí mirándome, mirándonos. Existiendo y sosteniéndonos a la vez. ¿Y si saliera? ¿Y si no pudiera regresar?

Me provocan vértigo, náuseas.

No es que haya posibilidad alguna y por supuesto no la buscaría, de ser astronauta, pero no soporto los astros, el espacio exterior, la idea de su inmensidad, de las fuerzas que poseen y su paradoja de distancia y realidad.

Quisiera poder mirar sin terror, sin sentirme observada, perdida y completamente sola.

Y un día, supe quién soy

Franco Faliani

De chico crecí con conceptos, atribuciones y estereotipos impuestos que contradecían cómo yo era. Crecí con la idea de que lo que pasaba dentro de una familia quedaba ahí.

Que llorar estaba mal, que no era de hombre.

Que no podía lavar los platos, cocinar, barrer, limpiar, que para eso estaban las mujeres.

Que Florencia de la V era el "dos" de Villa San Carlos.

Que el hecho de sentirme atraído por una persona de mi mismo sexo era la ofensa máxima.

Que si una mujer era abusada, la culpa era de lo que tenía puesto, o que estaba borracha, o que andaba sola de noche o que simplemente se lo merecía.

Y así me educué.

En un momento indistinguible de mi vida tuve una crisis enorme con lo que era y con lo que quería expresar al mundo: "¿Realmente soy así? Lo que la gente ve y escucha de mí ¿Es lo que soy? Si mis círculos son así ¿Por qué yo tengo que serlo?"

En ese momento mi cabeza hizo un giro drástico y entendí muchísimas cosas. Entendí que está bien llorar, que soy humano y no puedo ocultar mis sentimientos.

Que lo que pasaba en una familia no quedaba ahí, que había que intervenir.

Que las tareas del hogar son responsabilidad de todos.

Que Flor de la V es una mujer, porque ella se siente así y hay que respetarla.

Que está perfecto que me guste un chico, porque es amor, y es lo más sano y hermoso que existe. Que la culpa de los abusos no es de las pibas, sino de los abusadores.

Que el feminismo no es una locura, que estaba haciendo historia.

Y ahí me sentí libre, vivo, un poco más lleno.

Me sentí libre de expresarme como yo quería, como yo era.

Me sentí libre de amar a quien yo quiera, porque el amor es amor y punto.

Me sentí libre de romper con una construcción retrógrada.

En resumen, me sentí libre.

Hermana

Gabriela Yamel Fernández

Al bajarme del micro, después de al menos tres horas de viaje, pienso en contarle a mi hermana cómo viví la marcha; ella no pudo ir.

Pienso en cómo se sentirá cuando se lo cuente.

Una vez que llego a la casa de mis padres, me replanteo el porqué de mi visita -cosa que siempre me pasa estando ahí-, creo que es por todo el empeño que pude en irme.

Una vez ya adentro la veo y me lleno de alegría, siempre que la veo me pasa. Empecé a contarle cómo fue que viví las cosas ese día, cómo sentí que estuve rodeada de amigas y compañeras, aunque no la conocía, cómo la sentí tan presente aunque no estuvo, el empoderamiento, el conocer la sororidad, el sentir la fuerza llenándome el corazón. Las cosas que creo nunca poder olvidar, las canciones, las fotos, el creer al fin estar en sintonía, con lo que te rodea.

No quiero tocar tanto el tema de su ausencia, sino contarle todas las sensaciones porque creí que quizá así podría también ella sentir las.

Le di el pañuelo que le prometí que iba a traerle, advirtiéndole después que lo esconda de papá y mamá, ellos no querrían que esté hablándole de esto, ni dándole este pañuelo, aunque no quiero mirarla, si lo hago va a reconocer el dolor en mi mirada.

La angustia que me produce el saber que no puede vivir tranquila como en realidad se siente. Aunque sé que sí va a poder, que es solo cuestión de tiempo, va a poder librarse así como yo también lo hice, de las limitaciones y prejuicios de nuestros padres.

Después de pasar con ello toda la tarde, llegó mamá, hablemos de mi otra hermana y de mis perros. Todo hablado muy por arriba.

Nunca pude hablar con mi mamá, de las cosas que en realidad me atravesaran visto desde cualquier ángulo, sería imposible.

Sé que también es lo que siente mi hermana por más de que no lo diga, nunca tuvimos la posibilidad de una madre que sea amiga o al menos nos escuche. Quise irme antes de que llegara mi padre, eso si sería algo que no toleraría.

Así que me despedí de mamá, y cómo debía aún despedirme de mi hermana en presencia de mi madre, acompañando el saludo con una mirada que solo nosotros podíamos entender.

—Chau mamá.

—Chau Christian.

Un final como todos

Juan Lihuel López Flammini

Hoy se cumple una semana de lo sucedido, una semana de que perdí a mi vieja. El día no ayudó, está igual que aquella tarde que se fue; el cielo nublado con una amplia gama de grises, la pesadez de la humedad que te tira para abajo, te pone débil. El olor a tierra mojada anticipando la tormenta y mi perra, como de costumbre, golpeando la celosía desesperadamente en busca de refugio.

Yo estaba en el sillón de casa viendo una película de Tarantino, aprovechaba el día de para relajarme un poco, cuando escuché que sonaba el celular. No atendí a la primera, el celular estaba cargando y prefería prestarle atención a la película.

Al minuto volvió a sonar, ante la insistencia no pausé, y fui a atender la llamada. La que llamaba era mi hermana, al contestar sólo escuchaba un llanto desgarrador, de pérdida.

—Pablo... mamá, pablo, se murió mamá—me dijo finalizando con un suspiro.

Me invadió el silencio. No pude, no supe qué contestar y corté.

La película continuaba, pero esta vez era distinto. Toda muerte, por más mínima la importancia del personaje, me afectaba. Le tenía miedo a la muerte.

Al día siguiente del fallecimiento fue el funeral. Ahí, en ese el momento, descubrí que mi miedo no era hacia la muerte, sino al estar muerto.

Todos sabemos que tarde o temprano, vida sana o no, nos va a tocar, pero lo que viene después lo pensé por primera vez aquel día, al ver a todas esas personas llorando a algo que no era mi madre. Era un objeto, algo con la forma de ella. Ese era mi miedo, dejar de ser yo y transformarme en algo que no llora, no ríe, no siente, perder el brillo de los ojos. Es hoy que sólo pesar en eso me paraliza, y para distraerme intentaré terminar la película.

Amor entre personas

Brisa Gadea

Cuando Sofía tenía 15 años, en una etapa de adolescencia, comenzó a sentir que no solo le gustaban los hombres sino también, las mujeres.

Siempre sus amigos y conocidos le dijeron que no podía amar a ambos sexos, que esas personas mentían o es una etapa en la que los adolescentes se confunden y al final terminan eligiendo un solo género.

Pero a lo largo de los años, ella siguió en relaciones, a la vista, heterosexuales, y a escondidas con mujeres. Quería contárselo a sus padres pero tenía miedo de que la rechazaran.

Cuando por fin lo contó sintió miedo y presión. No entendía por qué tenía que dar explicaciones sobre a quién, cómo, o de qué manera, quería. Aunque le pareció raro, sus papás lo tomaron con naturalidad, de igual forma lo agradeció.

La vida, ya con 20 años, le resultaba más liberal, aunque siempre se encontraba a una persona que la miraba mal por estar con otra chica. Poco le importaba, ya que no quería dar explicaciones a nadie sobre su intimidad.

Cuando cumplió 21 conoció a un chico y se enamoró. Ella ya se encontraba en una relación con una mujer, que aunque la quería no sabía si era lo suficiente, así que decidió terminar la relación y establecer una con ese chico.

Fue muy agotador tener que dar explicaciones a sus propios amigos sobre si amaba a mujeres o a hombres cuando lo que ella sentía era distinto, se enamoraba de la personalidad, no de un género.

Conectando la paz

Manuel Herrero

Virginia entró en una cueva y un muro se cerró detrás de ella, creía estar en una cueva porque estaba todo oscuro.

Apareció el fantasma frente a ella, los dos estaban inmóviles, los ojos llameantes comenzaron a tomar su forma humana.

Entre las miradas, Virginia sintió las vibraciones de este espíritu, que por más que estaba muerto, su alma seguía sintiendo y conectando con las vivas.

Se perdían en la mirada y sus sonrisas se contagiaban, Sir Simon volvió por última vez a su forma humana.

Ambos cuerpos, quietos, sostenían sus ojos apuntando a los del otro y las risas no cesaban. Por encima de éstos sus almas intercambiaban sus vibras, recuerdos, experiencias y percepciones. El brillo que destellaban llenaba la habitación, y el lugar se iba moldeando según sus deseos. De repente el alma de Virginia desapareció.

—No entiendo qué buscan con esto, si ya estás muerto— dijo Virginia.

—Nunca logré conectarme con alguien así, jamás. Por eso mi alma quedó vagando en este mundo. No puedo salir— confesó Sir Simon.

—Yo tampoco entendí, hasta este momento— siguió el fantasma.

Virginia sorprendida, pensaba en lo recién dicho por el fantasma.

—No se trata de eso— interrumpió, los pensamientos de Virginia, el alma de Sir Simon. —Mira, me puedes escuchar. Libera tu alma— concluyó.

La joven comenzó a soltar lo pesado de sus pensamientos y el aura delante de sus cuerpos se visibilizó nuevamente. Sus puntos máximos de esplendor y pureza rodaban por toda la cueva. En sus cuerpos la risa era eufórica y atraídos por la obnubilación comenzaron a fundirse.

Los dos humanos estaban entregados uno a otros, y sus almas en una dimensión más allá del bien y del mal. Virginia compartía sin pudor su virginidad y Sir Simon contemplaba sus últimos instantes de vida, agradeciendo a esa conexión por liberar un alma pura.

Las almas volvieron a los cuerpos y Sir Simon adoptó su forma de fantasma nuevamente, mientras Virginia lo veía desvanecerse en el aire.

Ella veía

Agustín Lencina

De pronto te sentaste cerca suyo, ella se incomodó pero no prestó demasiada atención. Aprovechabas cada situación para acercarte un poco más y ella, no veía.

No veía tu intención, no veía qué pretendías.

Tu mente vagaba por los rincones más perversos, era un sinfín de imágenes creadas, querías todo de ella, querías de ella, y ella no veía, no creía.

No te veía.

Bajaste en la misma parada, apuraste el paso y caminaste a centímetros de ella durante varias cuerdas, percibías su temor, quería gritar pero el miedo oprimía su garganta, secaba su boca, teñía de oscuridad su vida. Y lo que aún es peor, parecías disfrutar de todo eso.

Intentabas llamarla, no conocía su nombre, pero de igual manera lo hacías.

Volteó un poco la cabeza, sus sospechas habían sido confirmadas, y vos te reías.

Reías porque tenía pánico, porque tenías poder.

Eras así, inhumano.

Redujiste la distancia, ahí al lado se encontraba. Sentías su olor y te enloqueció. Ella te veía, y vos también la veías.

Eras perverso.

Te preguntó qué necesitabas, trató de ser lo más amable posible. Quizás el pánico la hacía pensar mal, podrías no ser lo que ella creía. Fingiste ser simpático, y cayó en tu juego. Tus redes habían atraído a otra presa.

Cerró sus ojos, parecía dormir.

Cerró sus ojos, y su vida terminó ahí.

Tu corazón parecía no percibir remordimiento.

Ella cerró sus ojos, y tu vida continuaba así. Como si no hubieras hecho nada. Impune.

Ella cerró sus ojos, pero yo también veía.

Un poco de vino antes de dormir

Matías Marchi

Me levanté a las cinco de la mañana como todos los días, me pegué una ducha, tomé unos mates con mi esposa, agarré el auto y salí para el trabajo. La autopista está congestionada como de costumbre, los bocinazos, la radio contando todas las tragedias de la semana y los gritos retumban en mi cabeza.

Llego al trabajo tarde y mi jefe me empieza a gritar como hace siempre, mientras me amenaza con despedirme. Cuando termina de darme cátedra de vida, me pongo a charlar con mis

compañeros. Ellos cuentan de las vacaciones a lugares exóticos que nunca voy a conocer. Salgo de trabajar y voy directo al banco. Una vez más no me depositaron el sueldo, el día venía siendo una porquería como todos.

La congestión de la autopista me volvió a retrasar; quiero llegar y acostarme a dormir. Llego a casa y mi mujer ya había terminado de comer; obviamente mi porción el pastel de papa ya está fría. Ella empieza a insistir en calentármelo, a lo que yo me niego. Sigue insistiendo una y otra vez, parece que no escucha que le estoy diciendo que no.

Empiezo a pegarle. Me cansó su voz, esa voz aguda y chillona que vengo escuchando hace siete años. La tomo de los pelos y le doy la cara contra la pared, una y otra vez.

La suelto y cae al piso, la pateo con toda mi furia en el vientre, le pego con mis manos en todas las partes de su cuerpo. Su carne es frágil, tierna, siento cómo sus huesos se quiebran, cómo la sangre de su rostro cubre mis manos. Me detengo, no porque me doy cuenta de que lo que hago esta mal, sino porque me canso.

Voy al mueble de los vinos y me sirvo una copa, tomo la silla y me siento enfrente de ella. La observo ahí, inconsciente, sangrando y me pregunto si tendría que llamar a una ambulancia o a un amigo para que me ayude a enterrarla.

Tomo un sorbo de vino, está picado.

Porque sos mujer

Tatiana Martínez Arias

Como todos los domingos, la familia se reunió para el clásico asado dominical. De a uno fueron llegando los tíos, las primas, los nietos. El menú era el de siempre, carne a la parrilla y ensalada. Casi automática, la división de tareas fue corta, los primos haciendo la picada, uno de los tíos a la parrilla, las primas más grandes con los niños y las tías haciendo la ensalada en la cocina.

Como siempre la nieta segunda llegó tarde a la reunión familiar. La noche anterior entre vino y puchos la charla con sus amigas había sido sobre feminismo y los roles domésticos. Entró a la casa de la más grande de la familia, la abuela, se armó un fernet y se sentó a un costado de la mesa. Mientras sus primos comían el fiambre cortado, los tíos alrededor de la parrilla y las otras mujeres en la cocina con los niños, la nieta segunda dijo: “Qué machista esta familia”. El silencio inundó la residencia de la abuela, y luego de unos segundos las risas eran lo único que se oía.

—Algo tenía que decir ella— dijo el nieto tercero. —La feminista no se podía quedar callada. ¿Qué tiene de machista la familia?

—Vos fijate, las mujeres con los chicos en la cocina y todos los hombres sentados y uno, o dos, en la parrilla, además se ríen si digo la palabra “machista”—l e contestó la nieta segunda indignada. La abuela dirigió una mirada fulminante a toda la familia como para dar a entender que el tema había llegado a su final. La reunión siguió. El almuerzo continuó su curso y cuando todos habían terminado de comer, la abuela dijo dirigiéndose a la nieta segunda:

—¿Levantamos los platos?

A lo que la joven respondió: —¿Por qué yo?

La respuesta de la anciana de la familia fue: —Porque sos mujer.

La búsqueda del punto justo

Lucas Ortega

La palabra justicia hace referencia a varias actitudes o hechos, para enfrentarse a distintas situaciones, aunque en Argentina se vea opacada desde distintos ámbitos.

Como para darle un inicio a este tema, la justicia apareció como una necesidad del hombre, desde allí, se la relacionó con una balanza, es decir, que de una lado a ésta, se colocan los derechos que uno tienen y por el otro, las obligaciones o cuestiones en contra.

Imposible se hace hablar de justicia (volviendo a nuestro país) sin tener que tocar lo injusto, lo contrario, lo que hace que uno no se sienta protegido por este poder, porque en fin, es un poder que defiende tus argumentos, que está creado para justificar cientos de hechos o actos sociales.

Una comunidad recae sobre este ejemplo de la balanza, en donde uno queda apartado del otro, en donde se hace exclusión de valores, de argumentos, de pensamientos. Por eso lo injusto cumple un papel más importante porque lamentablemente, detrás de la injusticia, quedan personas, familias, profesionales y hasta países en situaciones de debacle, de ruptura.

Por esto necesitamos buscar el punto medio, lo justo el equilibrio.

Para ejemplificar y ponernos en contexto, el pueblo argentino viene luchando y persiguiendo la despenalización del aborto desde hace mucho tiempo, en combinación de otros derechos que las mujeres protestan y manifiestan todos los años.

Traemos este caso local, tan hablado y tan importante, para destacar el lugar que ocupa.

A tan solo unas horas de tener la decisión legislativa, el debate y el ambiente se encuentran inclinando la balanza.

Por fin tendremos una sola y única decisión...

La doble moral en el trabajo

Marcos Palavecino

En mi primer día de trabajo en el bar me encontré con gente amable, los jefes nos daban buen trato y mis compañeros eran geniales. Todo era normal hasta el día de paga, ahí noté que por menos trabajo gano más que mis compañeras.

Ya pasadas unas semanas ahí dentro empecé a ver los cambios de trato respecto a los empleadas en comparación con los empleados. Es decir que mientras nosotros teníamos ciertas libertades, mis compañeras no. Entonces me hacía la pregunta ¿Por qué pasa esto?

Estos cambios de trato no son en realidad cambios, más bien fue una falta de percepción mia el no agudizar la mirada en algunos aspectos.

Lo bueno es que con mis compañeros apoyamos el reclamo de mis compañeras al punto de que cuando hay alguna discusión con los jefes, defendemos sus reclamos y no las dejamos solas.

Con el tiempo, al agudizar la mirada, fui notando cada vez más que el maltrato era más obvio y evidente, hasta que un día ocurrió la siguiente situación:

—¿Moza podés venir? ¿Podés atender a mis amigos?— la llamó nuestro jefe.

Si bien trabajan de mozas, como comúnmente se dice, tienen nombre y apellido. Es decir, lo veo como una forma despectiva de hablarles y tratarlas.

Lo peor de todo es que la mujer del dueño es la que impulsa y magnifica este maltrato hacia su propio género, ya que es la primera que les habla así promoviendo esta fea forma de encasillarlos dentro del traajo y delante de todos. Pero empeoran estas cosas les dan menos tiempo para ir al baño y para comer, entonces ¿Qué ejemplo da haciendo esto?

Por esta vez, ganó la justicia

Juan Martín Palermo

El 17 de febrero de 2014 no fue un día más para todos los argentinos. Comenzaba en Mendoza el histórico juicio por delitos de lesa humanidad relacionados con la última dictadura cívico-militar.

Pero no era un juicio más sino que, además de estar sentados en el banquillo militares y policías, iban a estar cuatro magistrados acusados de ser cómplices y de archivar las denuncias que recibían durante la dictadura.

La justicia, juzgando a la justicia.

Fue uno de esos días que uno no se olvida más. Una multitud afuera de tribunales festejaba el inicio de este juicio. Se podía ver la felicidad en los rostros de los/as hijos/as y nietos/as de

desaparecidos, se podía palpar ese sentimiento de esperanza que, durante tantos años, les habían arrebatado.

Las madres y las abuelas, símbolos de una lucha incansable que había comenzado hacía más de 30 años, se miraban entre ellas no podían creer el momento que estaban viviendo. Un momento que quizá pensaron que nunca iban a vivir:

Pero no. La situación era real. La extensa lucha estaba dando sus frutos y después de mucho tiempo, las lágrimas eran de felicidad.

La sentencia se conoció recién tres años y medio más tarde, y como era de esperarse, estuvo a la altura de lo que fue este juicio.

El 26 de julio de 2017 eran condenados los jueces Otilio Romano, Luis Miret, Guillermo Petra y Rolando Carrizo a prisión perpetua. Iban a pasar los últimos años de sus vidas en el lugar que merecían. Por mirar para otro lado cuando las víctimas se presentaban, por ser cómplices al igual que los militares de la dictadura más feroz de la historia argentina.

Hoy, más que nunca, 30.000 compañeros detenidos desaparecidos presentes, ahora y siempre.

Aventura

María Victoria Pereyra

Estaban entrando a la habitación y Virginia se tapaba la cara aterrorizada por los fantasmas y demonios que se habían encontrado en el camino.

Cuando se encontraban dentro de la misma, el Sr Simon de Canterville le imploró a Virginia que retire sus manos de su cara porque el peligro ya había pasado. De repente, dentro de la habitación, sintieron todo en silencio y en calma; una paz profunda se reflejó dentro de sus corazones.

El ambiente del lugar se notaba cada vez más cálido y en la habitación se hallaba una cama en el centro, con dos mesas de luz a sus costados, una alfombra que tapizaba el suelo y las luces que relucían amarillas, cálidas y tenues.

Virginia, asustada, no sacaba las manos de su cara y Simon se acercó con dulzura a ella y le bajó sus manos. Al mirarlo, su aspecto había cambiado. Su rostro había rejuvenecido y su cabello no era canoso, sino castaño.

Simon acortó la distancia y acarició su pelo rizado rubio como el sol; ella desconcertada dio un paso hacia atrás, aunque no podía negar que Sr Simon de Canterville se encontraba muy apuesto.

Indecisa, Virginia volvió a avanzar y sus labios se reencontraron con los de él y su excitación se

tornaba cada vez más fuerte. Simon la alzó sobre sus brazos, tomando sus piernas desatando una gran pasión, la tiró sobre la cama y contempló ante su tacto toda la hermosura que la caracterizaba. El roce se hacía más intenso y toda pureza e ingenuidad de Virginia se había esfumado ante el placer de un orgasmo y de repente se dejó ir.

Tirados los dos en la cama sabían que este era el final y Simon, al fin, pudo descansar.

220 WTZ

Luciano Pirez

Él, con diez años de edad, se encontraba en su habitación debido a una penitencia, su padre le había quitado y desconectado la play para que no pudiera romper el castigo. Felipe, decidido, salió del cuarto y tomó el celular de su padre, que se encontraba cargando la batería. Él, al querer desenchufarlo, recibió una descarga eléctrica que le provocó un desmayo. Al abrir los ojos notó que se encontraba en un lugar extraño, se reincorporó como pudo y sintió que tenía el teléfono de su padre en la mano. Miró a su alrededor y encontró una puerta, salió por ella, no sin antes esconderse el celular en el bolsillo de su pantalón.

Vio colgado arriba de la puerta un cartel de color rojo con letras que no entendió lo que decían. Todo permanecía en silencio y desolado, observó grandes estructuras, como si fueran casas. Él con miedo, caminó despacio hasta que sintió que un mano se le había posado en el hombro. Al darse vuelta, visualizó a un hombre alto, vestido con un uniforme verde y gran insignia distinta a las que conocía, vio la famosa insignia esvástica, en uno de sus brazos. Sus oídos percibieron un idioma desconocido, lo que lo dejó desconcertado.

El hombre arrastró al niño y lo encerró en un calabozo. Felipe atemorizado se dio cuenta que estaba lejos de su casa.

Sacó el teléfono, buscó en las aplicaciones y descubrió un túnel que lo podía sacar de ahí. Una vez afuera, corrió y trató de buscar el cartel raro que vio cuando salió por aquella puerta. Ingresó al mismo cuarto de donde despertó. Estando adentro comenzó a sentirse débil, cayó al suelo, la respiración se le entrecortó y con los ojos entreabiertos pudo notar que del techo, salió una nube verde.

Pésima decisión

Lucas Ramos

Un 27 de octubre del 2037, una joven estudiante que cursaba de día y trabajaba por las noches, para poder pagar sus estudios, salió del trabajo. A unas cuadras, se cruzó a un compañero que

se ofreció llevarla hasta el viejo y abandonado teatro de la ciudad, que estaba a seis cuadras de su casa.

Ya en el teatro la chica se bajó del auto, dio unos pasos y notó que piso algo, se agachó y vio que era un objeto muy parecido a un celular. Lo agarró y siguió caminando hasta su casa. En su habitación sacó el teléfono del bolsillo, lo prendió y encontró una aplicación llamada "tiempo avanzado".

Se puso a leer cómo funcionaba y se dio cuenta que podía viajar al pasado poniendo una fecha y una hora.

Asombrada, decidió volver a la época gloriosa. Lo que no tuvo en cuenta era que no iba a aparecer en el mismo lugar en el que estaba. Apareció en un bosque, junto a una manada de lobos. La joven corrió, se le había caído el celular y en la desesperación, no se dio cuenta. Vio un árbol alto y sin pensarlo dos veces, se subió.

Después de un par de horas la joven se despertó y vio que los lobos se habían ido. Se bajó y tocó su bolsillo, notó que el teléfono no estaba, entonces decidió ir a buscarlo.

El celular estaba entre los arbustos lleno de tierra. Asustada volvió a su tiempo y decidió guardar el aparato hasta estar segura de ser lo bastante responsable para utilizarlo.

Lucha de género

Roque Antonio Romero

Nunca en la historia de humanidad ha sido fácil instalar una idea, derribar viejos mitos, llevar adelante un proyecto, es como si todos los espacios estuvieran cubiertos, como si todo lo instaurado formara una masa tan densa imposible de ser atravesada, como si un hecho nuevo, ideas o derecho, necesariamente implique un achicamiento del otro y que esto pareciera no poder hacerse sin dolor, no sólo físico y psicológico.

Es como oponerse a la misma concepción de la familia, que temerosas del que dirán, han tratado de ocultar algunos hechos. Tal es el caso de Katherine Mansfield, que después de vivir su vida de una forma inusual para su época, algo que se veía con mucho escosor en su tiempo, la relación con otra mujer, o lo extraño para ese momento, hoy es totalmente normal, más común o no, una relación de tríos. Al quedar embarazada, su madre intentó ocultarla en Baviera, Alemania. Estas costumbres que fueron comunes, sobre todo en el interior de nuestro país Argentina, porque enviaban a las jóvenes embarazadas, a algún lugar alejado, para intentar tapar lo que consideraban vergüenza.

Katherine perdió su embarazo.

Quizás ella, conciente o no, figura como precursora de muchos cambios por venir.

Qué decir del voto femenino, lo que supuso, por ejemplo, la independencia del hombre, asignado por la propia sociedad patriarcal, como el único que podía llevar adelante las decisiones sobre el hogar; tómesese como ejemplo a las mujeres que no participaban en conversaciones económicas, ni políticas. Y correspondía a los hombres, no solo decidir por los hijos, sino también sobre los destinos de la mujer.

Fue solo a través de la lucha que se ha logrado esto, no solo en Inglaterra o en Argentina, también en otras partes del mundo.

El tristemente festejado día internacional de la mujer fue logrado a través de la lucha y muerte de muchas mujeres que lograron instaurar ese día en la sociedad, en reconocimiento de todas las mujeres.

Hoy por hoy no hay un tema tan álgido como el aborto legal seguro y gratuito. Proyecto vigente en nuestro tiempo, visto y condenado no solo también por los hombres y la religión.

Muerte por machismo

Rocío Magalí Rodríguez

Belén parecía ínfima en la parada del colectivo.

De contextura más bien delgada y poca altura, se asemejaba a una chica de quince años en vez de los veinte que tenía. El pelo largo y castaño le tapaba la expresión angustiada que tenía en el rostro, producto de la solitaria espera en el medio de la noche. Cada tantoun auto tocaba bocina y algún pibe le gritaba cosas que la paralizaban, mientras sentía un escalofrío que le recorría la espalda.

Cuando el bondi se veía llegar, suspiró. La tranquilidad le duró los minutos en que tardó en subirse y notar que estaba sola, a excepción del chofer; quizás corría mayor peligro que en la calle.

Decidió sentarse atrás, arrepentida de tener el pañuelo verde atado en la mochila. "Me va a fichar como feminista y no voy a llegar a casa", pensó mientras le mandaba un mensaje a sus amigas con su ubicación en tiempo real.

En su cabeza se reprodujeron cientos de escenas distintas: su cuerpo en una bolsa, el chofer tirado sobre ella. El estar sola con él la hacía sentir insegura, sufría unos nervios que se dejaban ver en lo fuerte que se rascaba el brazo.

No pasó nada en todo el camino, pero se bajó con paranoia. Eran tres cuadras hasta su casa, cuadras que corrió mientras lloraba. Creyó que no llegaba, a sus espaldas el machismo la

perseguía a paso lento pero firme, que no podía hacer ese recorrido seis días a la semana al salir del trabajo sin que algo malo le pasara.

Y pasó. A metros de su casa, alguien la agarró. Su pequeño cuerpo desapareció con un grito ahogado en medio de la noche.

Esta vez, Belén no llegó.

A contramano

María Florencia Saltalamacchia

Josefina desde que tenía 14 años vivía enojada con sus madres por la falta de comprensión que sentía de parte de ellas.

Sus amigos no la comprendían y de vez en cuando la excluían de eventos o juntadas del curso de la escuela.

Ella no entendía por qué estar con alguien que no sea de su género estaba mal y mucho menos por qué sus madres estaban en contra de que encontrarse a una sola persona para involucrarse en una relación, cuando ellas estaban separadas de Amalia desde hacía no mucho. A sus 23 años, después de sufrir duros momentos de discriminación, de agresiones invisibilizadas y de todo tipo de maltrato, decidió que eso ya no la haría frágil, rara o anormal y ya no sería parte de la otredad.

En su cumpleaños número 25 había conocido a Nicolás, él tenía dos años más que ella. Desde ese día tenían a escondidas un noviazgo.

Cuando este amor heterosexual llegó a los 12 meses se dieron cuenta de que nada importaba. Que lo único válido en las reglas de la vida era ser felices, y que ninguna norma social iba a separarlos.

Ellos nunca más tuvieron vergüenza o miedo al salir de la mano a pasear. Cada día eran más fuertes. Cada día se los escuchaba más a todos y a todas, ya nadie iba a quedar invisibilizado.

Volvió a pasar

Luciano Treppo

Por fin viernes, me dirigía a casa después de un largo y cansador día en el bar en el que trabajo. Como todas las noches me dispuse a tomar el 415 que me dejaba a cinco cuadras de mi hogar. Luego de esperar quince minutos el micro como de costumbre y escuchar las blasfemias o piropos de mal gusto de los borrachos al verme con mi vestimenta de trabajo que consistía en una falda corta y una camisa blanca, pude subir y emprender el largo camino a mi casa.

Después de viajar de pie esa hora y media de recorrido, por fin pude llegar a la parada. Sin saber bien por qué tuve la sensación de que fue el viaje más largo a casa de toda mi vida.

Bajé y me dirigí a la calle Hernán Cortez para encaminarme de una vez por todas a mi hogar.

Era una madrugada húmeda y fría, podía sentir esa brisa congeladora atravesar mis medias y recorrer por mis rodillas.

No podía saber por qué ese camino se me hacía tan interminable y largo. Además de ver y escuchar a los perros del barrio ladrarme cuando normalmente no lo hacían.

Temblaba al caminar, no sabía bien si era por el frío o por un mal presentimiento que se me venía presentando.

Mientras más cerca de mi casa me encontraba, esa inquietud se me iba, cuando de repente sentí ese grito desgarrador que provenía de ese descampado a dos cuadras de casa. Nunca me hubiese imaginado que ese grito cambiaría todo para siempre.

Obviamente me encontré detrás del primer árbol que vi, podía sentir un escalofrío recorrer mi cuerpo, ya no sentía el frío, era miedo. Cuando por fin pude tomar fuerzas y valor, fui a ver lo que había ocurrido.

Cuando lo vi sentí algo peor que un escalofrío recorrer mi cuerpo, fue más que eso, fue el horror puro. Me vi a mi misma tirada entre la maleza de ese descampado, muerta, con signos de violencia y con el uniforme arrancado a la fuerza.

Me di cuenta de que pude ser testigo y presenciar mi propio miedo, y el de muchas otras, y ahí fue cuando me di cuenta de que fui una más.

Mirar sobre lo profundo

Bruno Zarini Roth

Virginia logró sacar de la boca, manchada por la sangre de un muerto que hacía varios años había desaparecido de esta tierra, todos aquellos horrores de la vida que en algún lugar o momento disfrutó.

En el rato que esta joven desapareció, escuchó atentamente todas estas atrocidades que vivió.

Cuando logró entenderlo, intrépidamente, se enamoró de este espectro, de cómo él logró aceptar ser diferente, de que la gente no lograría captar aquello que es anormal.

Todo esto a Virginia la cautivó, a tal punto de que en un arrebato de locura, besó a este individuo, convirtiéndose en un espectro sin vida.

El fantasma al ver la cara de preocupación de Virginia, la trató de tranquilizar comentándole que esto sólo era por tiempo limitado, que mientras se encuentren juntos no iba a volver a ser una

persona de carne y hueso.

Ella sintió una confianza muy intensa al estar al lado de aquel que en algún momento fue un reconocido duque y en ese momento, pudo ver que siendo de otra época se pudo enamorar de igual manera.

Cecil en ese momento, le había rogado a esta hermosa señorita recorrer los amplios pasillos de la enorme mansión para poder ver cómo se sentía pasar interminables horas de su día en una soledad oscura y fría.

Virginia aceptó a pesar de saber que iría a ver a sus familiares de otra forma.

Le producía angustia ver todo gris, oscuro, tenebroso, estaba ausente lo que ella más apreciaba, no solo en su forma sólida, sino en lo sentimental.

Cuando se decidió volver a su mundo, se despidió de Cecil abrazándolo muy fuerte y diciéndole que toda iba a estar bien, que en algún momento se volverían a ver.

Al volver a la habitación donde había pasado sus comienzos en el otro mundo, Virginia terminó volteándose para mirar a Cecil por última vez, con muchas lágrimas en esos tiernos ojos azules que de a poco se iban iluminando con el pasar de los pocos metros que iba transitando.

Al salir de este inconcluso mundo miró detenidamente todo lo que la rodeaba para asegurarse de que estaba en lo que ella tanto amaba, su mundo.

El día que Virginia falleció, se le vio una sonrisa de punta a punta. Ella sabía que se iba reencontrar con su amor para poder llevarlo a un mejor lugar.